

Biblioteca-Films

QUE SIGA LA DANZA!

Núm. 92

25
céntos.



ALMA
RUBENS
GEORGE
O'BRIEN



FLYNN, Emmett

Año II

Núm. 92

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 96

Teléfono 173-H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

¡Que siga la danza!

(THE DANCERS, 1925)
NOVELA DE AMOR

Exclusivas: Hispano-Foxfilm, S. A. E.
Valencia, 280 - Barcelona

PERSONAJES

Tony Chevely
Maxine
Mabel Laury

INTÉRPRETES

GEORGE O'BRIEN
ALMA RUBENS
MADGE BELLAMY

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

Estamos en Foolix-Club, el más aristocrático de Londres.

Mientras en el gran salón de fiestas las parejas bailan al compás de un two-steep en uno de los comedores cercanos, una de ellas, que acaba de cenar, se fija en una señorita que, sentada en un sofá, fuma un perfumado cigarrillo turco, en actitud de aburrimiento, con una pierna encima de la otra.

—¡Qué hermosa!... ¿Quién es?—pregunta el caballero.

—Sí, es muy bonita; pero nada más. Se llama Mabel Laury, y es más pobre que las ratas—manifestó ella.

—Me gustaría conocerla.

—No lo dudo; pero ya procuraré impedirlo.

—¡Celosa!

Llegó un caballero quien, después de dedicar una mirada acompañada de un saludo a la hermosa joven del sofá, se acercó a la pareja que cenaba.

—Amigo Evan—dijo el caballero que estaba a la mesa con la señora—, tengo el gusto de presentarte mi esposa. Mary, el señor Evan, muy amigo mío.

—Beso a usted las manos, señora.

—¿Quieres acompañarnos, Evan, a tomar café?

—Muchas gracias, ya lo he tomado. Voy a bailar. ¿No sabes una noticia?

—Tú dirás.

—¡Lord Chevely ha muerto!

—Hombre, lo siento... por él. ¡Feliz el que herede sus millones!... ¿Quién tendrá esa suerte?

—Dícese que hereda toda su fortuna un sobrino suyo llamado Tony Chevely, que está en América hace años.

—Bueno, dejemos que Lord Chevely duerma el sueño de los justos y vamos a bailar.

El llamado Evan—un joven alto, simpático, elegante, caracterizado por un bigotillo recordado—fué hacia donde estaba la hermosa y aburrida joven del sofá y, sentándose a su lado, le preguntó con gran amabilidad:

—Hermosa Mabel, se está usted aburriendo como un arenque en barril; ¿quiere usted sacudir el aburrimiento bailando conmigo?

—Con mucho gusto, Evan—contestó Mabel levantándose y dando el brazo al joven.

Al pasar junto a la pareja de la mesa, Evan presentó la joven:

—La señorita Mabel; los esposos Boyer.

Después de las palabras de presentación, Mabel dejó su boquilla en el cenicero y fué con Evan al salón de baile.

El señor Boyer siguió con la vista a la hermosa Mabel; suspiró profundamente y, tomando la boquilla que aquella había dejado en

el cenicero con el cigarro encendido aún, dió unas chupadas, poniendo los ojos en blanco con gran satisfacción.

—No seas cochino, esposo mío—reprendió su mujer.

—Me había equivocado. Dispénsame.

En el salón seguía la danza en medio de un loco frenesí: las parejas se apretujaban, se besaban escandalosamente; los profesores de la orquestina, vestidos con rojas casacas y cubiertos con vistosos casquetes, se contorsionaban ridículamente. ¡El *delirium tremens* de la danza!

Los tiempos modernos han convertido al mundo en un inmenso salón de baile: En el Norte, al Sur, en Oriente, en Occidente, en el Londres de las brumas, en el París de las modas, y en todas las Américas, en fin, bajo todas las latitudes... ¡se baila!

La humana criatura parece haberse encogido de hombros ante la seriedad de la vida, pronunciando, con mueca horrible, esta fatal sentencia: ¡*Que siga la danza!*

Cuando de madrugada, los asistentes al aristocrático Club salían del baile, en la calle un viejo vendedor de diarios gritaba: «Muerte del millonario Lord Chevely».

II

—¡Que siga la danza!—gritaban los *chimbos* y *pelaos* reunidos en la pulquería, conver-

tida en café cantante, donde acababa de enseñar sus gracias coreográficas y otras muchas gracias, la bellísima bailarina Maxine.

—¡Que baile!—voceaban unos.

—¡Viva Maxine!—exclamaban otros.

Y todos aplaudían, con satisfacción evidente del dueño de la pulquería, Tony Chevely. Era éste un joven garrido y apuesto, quien, sentado a un lado del mostrador, interrumpió su tarea de sumar los ingresos de aquel día, contemplando sonriente a la bailarina que él había contratado para solaz de sus clientes.

Ya habrá adivinado el lector que nos hallamos en una población mejicana muy cercana a San Luis de Potosí. Allí los buscadores de oro ganan fácilmente verdaderas fortunas que derrochan con una mayor facilidad.

Todas las noches, la pulquería de Tony Chevely, convertida en café cantante bajo la denominación de *Tony's*—como se ve en un pomposo rótulo luminoso que se destaca en el frontis del edificio—, está lleno a rebosar de *chimbos*, *pelaos* indumentados con el característico traje nacional mejicano, y de los buscadores de oro de los yacimientos del Potosí.

Todos los asistentes al *Tony's* quedaron, aquella noche, entusiasmados ante la belleza y el desenfado de la hermosa Maxine, la bailarina contratada por Tony Chevely para alegrar a aquellos hombres, la mayor parte, bebedores empedernidos.

Los asistentes que desean bailar con la hermosa Maxine van al mostrador, pagan un peso y adquieren el derecho de tener a la linda

muchacha como pareja. Los más ricos de los poblados vecinos se han pagado este gusto.

El que acaba de bailar con ella, un tal Córdoba, tenía una excelente cabeza... para beber, pues después de haber ingerido veinte copas de ginebra, media docena de chicha y otras tantas de whisky, apenas si notaba los efectos del alcohol.

Córdoba bailó con Maxine y, al terminar el baile, se atrevió a besarla; mas ella respondió dándole un soberbio bofetón que le hizo tambalearse. Ella corrió a encerrarse en su cuarto, seguida por muchos de los asistentes, a quienes dió con la puerta en las narices.

Eran las dos de la mañana.

Tony Chevely se levantó y anunció:

—¡Señores, es la hora de cerrar!

Todos fueron retirándose, la mayoría medio beodos. El último en salir fué Córdoba, quien se resistía a abandonar la sala por el deseo de volver a ver a la bailarina; pero Tony Chevely le hizo salir persuadiéndole de que no vería a Maxine.

Después de cerrar la puerta del establecimiento y apagado el rótulo luminoso, Tony fué al cuarto donde la bella bailarina se arreglaba antes de marcharse, pues no dormía en el establecimiento.

—¿Ya cerraste, Tony?—inquirió Maxine.

—Ya era hora.

—Ahora que estamos solos permíteme, Tony, que te vuelva a repetir...

—El estribillo de todos los días.

—¡Tony, te amo!

—No, si ya lo sé.

—Pero tú siempre tan cruel conmigo. Parece que te alegres de mi desgracia.

—¿Desgracia?

—¿No lo es el que me haya prendado de un hombre que no siente por mí ni lástima de verme sola en el mundo?

—Bueno, anda. Arréglate y... vete; que ya es hora de que nos vayamos a descansar.

Maxine se acercó aún más a Tony, puso sus dos manos sobre sus hombros y, suspirando, le atrajo hacia sí, diciéndole:

—¡Tony, no seas cruel!... Ninguna mujer te ama como yo ni busca tu felicidad como yo la deseo.

—¡Ay!... ¿Qué sabes tú, Maxine?

—Lo sé, porque oigo las palpitaciones de mi corazón que me impulsan hacia ti con fuerza irresistible.

Tony Chevely bajó la vista. No quería poner sus ojos en los de ella, donde le a un abismo de amor. Aquella joven era la tentación encarnada en un cuerpo ideal, en una belleza femenina. No podía Tony soportar la mirada de fuego de aquella hija de Eva. Y mientras su espíritu se escudaba tras el recuerdo de un amor lejano, Maxine pasaba sus manecitas esculturales sobre la faz de Tony. Aquellas caricias le hicieron volver en sí. Levantó los ojos, fijólos en los verdes chispeantes de Maxine y, poco a poco, iba acercando sus labios a los carminados de la bailarina. Ya sentía la fragancia de quella piel perfumada, ya el aliento abrasador de aquella linda muchacha se mezclaba con

su aliento, ya ella tenía sus brazos rodeados al cuello de Tony, cuando éste, poniendo su pensamiento en otro amor jurado, la rechazó con violencia:

—No, no; vete, Maxine. No puedo, no puedo.

Maxine inclinó la cabeza, dejó caer los brazos con abatimiento y, respirando fatigosamente, salió de la estancia herida en el alma. Tony la seguía.

Cuando el joven abrió la puerta para dejar salir a la bailarina, ésta convirtió hacia él su faz dolorida y pronunció con hondo pesar, con abatimiento:

—¡Adiós, Tony!

El dueño del *Tony's* se estremeció. Aquel ¡adiós! resonó en su alma como un eco de despedida eterna. Se conmovió; mas se apresuró a cerrar la puerta y retiróse a su habitación.

Carlos, su antiguo dependiente, acababa de poner, encima de una mesita-centro, un servicio de licor, pues Tony tenía siempre costumbre de tomar una copa de chartreuse antes de acostarse.

—Mi amo, ¿puedo retirarme?

—Sí, Carlos; vete a descansar.

—Gracias, mi amo... ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

Tony quedó solo.

Su habitación estaba situada en la parte posterior de la casa; un gran pórtico daba a unas escalinatas que bajaban al jardín.

La luna lucía con toda plenitud, iluminando

fantásticamente la población, como vista a través de cristal de color.

Tony Chevely llenó una copa, llevóla a sus labios y fué a sentar a la grada superior de la escalera.

Contemplaba la luna. Ante su disco, las nubes arremolinadas por una fresca brisa, pasaban, ocultándola momentáneamente. Cuando aparecía ante sus ojos, su pensamiento volaba a otras regiones y pensaba: «¿Quién sabe si ella también la contempla en este momento, pensando en mí?»

Y como si viera en el disco luminoso del astro de la noche los ojos del ser amado, le mandaba besos con su mano.

Muy lejos estaba de pensar que, muy cerca de él, un corazón palpitaba por su amor.

Maxine, con el corazón quebrantado por la pena, en vez de irse a su posada, había quedado apoyada en la esquina de la calle, frente a la escalinata que daba a la habitación de Tony, hacia donde dirigía su mirada anhelante.

Vió ella como su dulce tormento salía en mangas de camisa y se sentaba. Vió también como Tony mandaba besos con su mano, mirando a lo alto.

Como atraída por un espiritual imán y con la vista fija en el joven, Maxine fué adelantándose hacia la escalinata donde aquél se había sentado.

Tony permanecía con la cabeza baja acodado en sus rodillas. Maxine ascendió hasta ponerse cerca de él.

—Tony, ¿qué haces aquí?

- Maxine, estoy enviándole besos a la luna.
 —¿Y para qué desperdiciarlos a la luna?
 —¡Ah!... ¡Si supieras, Maxine...!
 —Tony, ¿no sientes a veces una gran nostalgia?



—Con mucho gusto, Evan (pág. 3).

- Sí, la siento; es como un gran vacío aquí, en el pecho.
 —Yo también estoy triste, Tony. Estoy triste y llevo más de un mes buscando la manera de hacerte comprender que te amo.
 —No, Maxine, no puede ser.

- Te hace falta aquí alguien que te acompañe, que te cuide, que te ame.
 —Ya te comprendo.
 —¡Una mujer, Tony!
 —¿Acaso crees que no he sentido el deseo de estrecharte entre mis brazos?
 —¿Qué te lo impide?
 —Ven y lo sabrás.

Entraron ambos en la habitación-dormitorio de Tony. Este tomó de sobre una mesa un retratito encuadrado en un precioso marco y dijo a la joven entregándoselo:

—Esto me impide abrazarte.

Era la fotografía de una preciosa joven. Maxine la contempló con rabia y, enfurecida, arrojóla al suelo y la pisoteó.

La cólera se pintó en el semblante de Tony Chevely; sus ojos chispeaban.

—¿Qué has hecho, desgraciada?—preguntó con los puños crispados.

—¡Perdona, Tony!... Tengo envidia a esta mujer, la aborrezco. ¡Perdóname!

El joven recogió los pedazos de aquel retrato y los apretó contra su pecho.

—¡La amas!

—La amo como a mi vida. La tengo dentro de mi corazón donde guardo su recuerdo como en un relicario.

—¡¡La amas!!... Tony, háblame de ella.

Tony Chevely se había sentado encima de su cama; Maxine se había acomodado a su lado.

—Yo vivía en una población cercana a Londres. Junto a mi casa tenía la suya una familia,

cuya hija, de una belleza angelical, me quería como a un hermano, y yo a ella. Fuimos creciendo en el mutuo cariño, y aquel cariño creció con nosotros, convirtiéndose al llegar a nuestra edad puberta, en un amor pasional. Un día mi familia tuvo que partir para Méjico. ¡Qué despedida!... Ella me entregó su fotografía, ésta que has pisoteado y yo le entregué la mía. «¿Me amarás siempre, Tony?», me preguntó. «Te juro (le contesté) conservarte siempre mi corazón. ¿Y tú?» «Yo te juro por lo más sagrado (me dijo ella) que te amaré mientras viva. Sólo seré tuya, y si no lo puedo ser en este mundo, lo seré en la eternidad. Te lo juro: ¡Sólo tuya!» Y me juró sobre este retrato que tú has pisoteado, ser mía para siempre y no pertenecer más que a mí.

—¡Pero hace tantos años de eso, Tony!

—No importa. Me esperará. ¿Acaso no me lo prometió?

—Y durante este tiempo ¿no has amado a ninguna otra mujer?

—¡A ninguna!

—¡Qué suerte tiene esa mujer, Tony!

Maxine, que escuchaba embelesada al amado de su alma, derramó unas lágrimas: eran como el último tributo a un amor malogrado. Ahora comprendía ella que Tony no podía pertenecerle. Secó los lagrimones que resbalaban por sus mejillas y preguntó con voz emocionada:

—¿Cómo se llama ella?

—¡Ah!... ¡Lleva un nombre de cielo!

III

Volvamos a Londres.

Estamos en una casa de apariencia acomodada, a juzgar por sus muebles y su servicio.

En un dormitorio una joven de singular belleza acaba de despertarse. Se incorpora y con el pie, que saca de entre las sábanas, pone en movimiento una gramola cuyo disco toca un conocido vals.

Y, sentada en la cama, sigue los movimientos de la música.

Una señora penetra en el dormitorio y, poniéndose en jarras y meneando la cabeza, exclama, dirigiéndose a la joven de la cama:

—Mabel, querida sobrina, ya son las doce.

—¿Las doce nada más, tía?... ¡Ah!... pues entonces... ¡que siga la danza!

—No tienes bastante con lo que bailas por la noche que aún tienes humor para despertarte con un vals.

—¡Oh, el vals!... ¡Si usted supiera cómo me gusta, tía! ¡¡Oh!!

—Mabel, esta noche pasada has vuelto a casa al amanecer.

—Lo sé, a las cinco.

—No puedes seguir así, Mabel. Yo prometí a tu madre, en el lecho de muerte, que procuraría sustituirla y... tu madre no te permitiría esa vida.

—¡Ay, tía!... ¡Si supieses cuánto he bailado esta noche! La música estuvo incomparable.

Al ver que la joven no hacía caso de sus convenciones, la tía de Mabel contestó algo amoscada:

—¡ Ah!... ¿ Sí?... Entonces... ¡ que siga la danza!



—¡ Ah!... ¡ Lleva un nombre de cielo! (pág. 12).

—No me riñas, tía, por lo que más quieres, no me riñas... ¡ Tengo los nervios hechos una lástima!

Llamaron al teléfono, cuyo auricular Mabel tenía a mano: «¿ Eres tú, Evan?... Bien, gracias, ¿ y tú? Escucha, ¿ volverás esta noche al

Gran Casino?... Sí, sí, yo también... ¡ Hasta la noche, Evan! »

—¿ Vas a salir esta noche otra vez?—preguntó la tía.

—Sí, con Evan. Es un joven completamente inofensivo.

—No te fíes.

—Demasiado inofensivo.

—Evan parece que te ama sinceramente.

—Pero no me hace el amor. Eso es lo curioso.

—Porque te respeta.

—Eso es lo aburrido. En estos tiempos, el amor a la antigua es una ridiculez, queridísima tía Rosa... Anda, cuéntame una historia de tus tiempos de soltera...

En aquel momento llamaron a la puerta. Bonifacia, la criada, salió a abrir. Era un señor grueso, elegantemente vestido.

—¿ Vive aquí la señorita Mabel Laury?

—Aquí vive. ¿ Qué desea usted?

—Hablar con ella.

Salió la tía. El desconocido se presentó: era el abogado Foting. Repitió lo que ya había manifestado a la doméstica.

Mabel, desde el lecho, oyó al caballero y gritó:

—Entre, entre usted.

—Dispénsame, señorita... Soy el abogado Foting.

—Usted me debe dispensar que le reciba así. Yo soy Mabel Laury, ¿ qué se le ofrece?

—Mi misión, señorita, es averiguar el paradero de un joven llamado Tony Chevely... Y como me han dicho que usted le conoce...

—¿Tony Chevely?... Ya lo creo... Mi primer novio. Casi le tenía olvidado... Hace tantos años. Vivíamos muy cerca en el campo. Nos juramos amor eterno; pero tanto tiempo sin verle...

—¿Y usted, señorita, no podría indicarme su paradero?

—¿Quién sabe dónde pára?... ¡Quizás ha muerto ya!

—Dispénseme, señorita... Buscaré por otro lado.

—Oígame, caballero, ¿podré saber para qué desea hallarle?

—El tío de Tony, Lord Chevely, ha muerto y ha dejado toda su fortuna, valorada en muchos millones de libras, a su sobrino.

—¡Cáscaras!

—Usted lo pase bien, señorita.

Salió el caballero y una camarera penetró en el dormitorio de Mabel, llevando en su delantal gran número de zapatos usados.

—Señorita Mabel, todos sus zapatos están inservibles a causa del mucho bailar.

—Pues, hijita, no puedo comprarme otros. Mete en el par menos usado unas plantillas de cartón. Así, al menos, me servirán para esta noche.

Mientras se vestía, Mabel puso en movimiento la gramola, que ejecutó otra danza a la que era aficionada, diciendo:

—¡Bah!... ¡Que siga la danza!



—Pues, hijita, no puedo comprarme otros.

IV

El establecimiento *Tony's* estaba concurridísimo aquella noche.

—¡Un cablegrama urgente, Tony!—clamó un botones de telégrafos que acababa de entrar—. ¡Un cable!

Tony tomó el parte, lo abrió y su rostro se volvió casi tan blanco como su camisa:

Decía así el cable:

Tony Chevely. Su tío, Lord Chevely, falleció víctima accidente automóvil. Usted hereda título, residencia y un millón de libras esterlinas. Caso necesite dinero pídalo por cable. Conteste a Roy, Rauger y Fothering, abogados.

Tony, después de leído el cable, quedó con la respiración entrecortada. Una sola palabra acudió a su mente y a sus labios: «¡Mabel!... ¡Oh, Mabel mía, ahora podré hacer honor a mi amor jurado!»

En aquel momento, Maxine bailaba sobre una mesa rodeada por gran número de viciosos que la codiciaban con ojos de sátiros.

Tony saltó sobre el mostrador y gritó con voz potente:

—¡Basta de danzas!

Todos se agruparon alrededor del mostrador.

—Muchachos—anunció Tony—, desde hoy el café pertenecerá a Maxine.

—¿A mí?—preguntó la bailarina.

—Sí, todo esto te pertenece; todo es tuyo.

Y ahora, para celebrar este acontecimiento, quiero que baile como ella sabe hacerlo.

Maxine bailó y entusiasmó a los concurrentes con su arte y con sus pantorrillas. Fué ovacionada.

—¡Beban, muchachos—voceó Tony—, hoy no se cobra a nadie, para que todos tengan un buen recuerdo mío!

Los chimbos, pelaos y mineros se abalanzaron hasta el mostrador donde menudearon las copas en medio de una gran algazara.

Entretanto, Tony y Maxine, en la habitación de ésta, conversan a solas.

—¿Qué significa esto, Tony?

—Esto significa que yo me marcho mañana mismo a Europa y tú te quedas como única dueña de todo esto.

—No comprendo esta determinación tan repentina.

—He heredado: soy rico y parto para mi patria.

—Ya comprendo. Vas en busca de la mujer de tus pensamientos.

—Sí, Maxine.

—Vete, Tony, yo no sabría hacerte tan feliz como la mujer de tus anhelos. Vete y sé feliz con ella. Perdóname que te repita, quizás por última vez, que te amo con toda mi alma. Yo te juro que, no pudiendo, ser tuya, no seré de ningún hombre... ¡Te lo juro!... Te felicito por tu futuro casamiento.

—¡Oh, Maxine, tienes muy buen corazón!

—Este corazón que sólo será tuyo.

Maxine quiso besar a Tony en sus labios; mas él la separó suavemente, diciéndole:

—No, Maxine, no puedo.

—Sólo un beso, uno sólo de despedida.

—¡No, no!... ¡Lo he jurado!

V

El Foolix-Club está rebosante de aristócratas y de mujeres bonitas.

Después del primer baile, las parejas se diseminan por los salones y por los jardines en amante coloquio.

Mabel Laury y Evan, su amigo, habían bailado juntos.

—Evan—manifestó Mabel con calor—, esto es sofocante... ¿Vamos a respirar el aire puro?

—y, tirándole por el frac, ordenóle: —¡Ven!

Mabel echó a correr y tras ella Evan. Subió la joven hasta lo más alto del Casino, hasta llegar a la terraza.

—¡Ah!... ¡Qué bien se está aquí, lejos del bullicio de los salones!... ¿No te parece, Evan?

—Sí, Mabel... Mira la luna...

—Evan, perdóname que te lo diga; pero cualquiera diría que eres de madera.

Y Mabel se le acercaba en demasía.

—¡Mabel!... Que nos pueden ver.

—¡Tonto, la luna es ciega!... Y ya está acostumbrada... ¡Habrás visto tantas cosas!...

¡Dame un beso!

Mabel decía esto de espaldas a Evan volviendo hacia atrás la cabeza, que apoyó en su pecho y repitió, señalando con su dedo índice su boquita color de guinda:

—Evan, ¡aquí!

Evan no pudo resistir los ímpetus de aquella mujer fogosa y unió sus labios a los de ella.

—¡Qué dulce es esto, Evan, qué dulce!... ¡Mira, hasta la luna sonríe!

—Vámonos abajo, Mabel—manifestó Evan, tembloroso.

—¡Pobre Evan!... No eres sentimental... ¿No te seduce la música oída desde aquí?... La aurora empieza a despuntar... ¿No te seduce? En tus brazos estaré mejor que abajo... Ven, sentémonos en este banco... ¡Oh!... ¡Evan mío!

—¡Mabel, Mabel, tu contacto me embriaga, tus labios me enloquecen!... ¡Oh!

Entrelazáronse con sus brazos; sus bocas ya no hablaron... ¡Y la aurora apuntaba!

.....

VI

—¡Por Dios, Mabel, has dormido todo el día!... ¿Sabes qué hora es?... Son las cuatro y media.

—Bueno, tía, déjame en paz... No podía dormir y tuve que tomar varias pastillas de estas...

—Pero ¿tú sabes que esas pastillas son peligrosas?

—Lo sé... ¿y qué?... ¡Mejor que me muriera!

—Querida sobrina, estás imposible hoy. Vamos, levántate.

Mabel se levantó de la cama; iba vestida con un pijama de seda japonesa. Mientras se calzaba las chinelas, se oyó el timbre de la puerta.

—Si es Evan—dijo Mabel—, que se marche. Y fuera de sí, gritaba furiosa:

—Sí sí, que se marche, no quiero verle... ¡Es un malvado!...

Mabel fué presa de un ataque de histerismo: reía, lloraba, gemía, pedía la muerte.

Su tía no podía consolarla de ninguna manera. Al fin, sus nervios se calmaron un tanto, cayó en un sillón y confesó su pecado a su tía con cruda ingenuidad.

La noche anterior en la terraza solitaria del Casino... Estaba sola con Evan y él se atrevió...

—¡Oh!—clamaba Mabel—. No fué mía la culpa... ¡La sangre hervía en mis venas!... ¡Todo nos arrullaba en voluptuosidad: la danza, el champán, la música, la soledad, el humo de los cigarros a base de opio, la fiebre del placer: ¡todo! Fué la locura del baile... la exaltación del vals... Perdí la cabeza y... café.

Una criada avisó a la señora que el abogado señor Foting deseaba hablar con la señora. Esta salió. Era el mismo caballero que unos días antes había venido a preguntar a Mabel por el paradero de Tony Chevely.

—Usted dirá, caballero—dijo la tía de Mabel,

—¿La señorita Mabel Laury?



—¡Oh!—clamaba Mabel—. No fué mía la culpa... (pág. 22).

—Se encuentra algo indispueta... Tal vez pueda usted decirme a mí de qué se trata.

—Hemos recibido un cable de Tony Chevely, heredero de Lord Chevely, en el cual nos anuncia que desea casarse con la señorita Mabel Laury, enseguida de su llegada a Londres, hacia donde ya ha salido de Méjico.

—Según esto, ¿Lord Chevely desea casarse con Mabel inmediatamente?

—El mismo día de su llegada. Tenemos instrucciones de suministrar a la señorita Mabel Laury cuantos fondos necesite...

—Señor Foting, puede usted encargarse de los preparativos con toda confianza. Mabel no tiene contraído compromiso ninguno, y ese casamiento será su salvación.

Un instante después tía y sobrina hablaban con distinto criterio de este futuro enlace: ésta como un desatino inconcebible; aquélla, como la mayor suerte que podía sobrevenir a su sobrina.

—¡Qué suerte, Mabel!... ¡Ser Lady Chevely y millonaria!

—Yo no pienso así, tía. La llegada de Tony es mi mayor desgracia.

—Dentro de pocos días, querida, serás casada y... aquí no ha pasado nada. El matrimonio será la tapadera de tu falta.

—Yo no puedo engañar tan hipócritamente a Tony.

—Mira, Mabel, eso no es engañarle. Piensa que hay muchas que han estado en peores circunstancias que tú y se han casado... Vaya,

que... ¡ni en los cuentos de hadas!... ¡Vas a verte millonaria de la noche a la mañana!

Aquel mismo día Mabel Laury recibió este cablegrama:

Mabel adorada: Vuelo a reunirme contigo y deseo de todo corazón que hayas cumplido tu promesa con la misma fidelidad como yo he cumplido la mía, y espero que te cases conmigo el mismo día de mi llegada.

TONY.

—Señorita, preguntan por usted.

—¿Quién es?

—El señor Evan.

—Dile que entre a mi cuarto. Y dí a mi tía que no nos moleste.

La criada obedece y, un momento después, Evan, el amigo de Mabel y cómplice de su desgracia, penetraba en el dormitorio de ella.

—Evan, no sé como tienes tan poca vergüenza de presentarte en mi propia casa, después de lo que pasó ayer noche...

—No vengo a excusarme, sino a pedirte perdón.

—No me debes pedir perdón, pues confieso que yo tuve la culpa.

—Menos mal que tú lo comprendes... Perdonémonos mutuamente y busquemos una pronta solución.

—¿Qué solución?

—Casémonos.

—No puede ser. Yo no te amo. Además, ¿có-

mo íbamos a vivir? Tú eres más pobre que un sacristán...

—Pero te amo.

—No se come con eso.

—Me hiciste creer que me querías.

—Y ya he pagado duramente esa mentira, con que... estamos en paz... ¡Vete!

—¡Mabel!

—Vete y no vuelvas.

Evan bajó la cabeza y salió de aquella casa.

VII

Aquella mañana los periódicos publicaban esta gacetilla.

Hoy se celebrará el matrimonio de Lord Chevely, joven barón que ha heredado recientemente el ilustre título de dicha aristocrática familia, con la hermosa señorita Mabel Laury, hija del difunto comandante Lorenzo Laury. La novia se hospeda en el Hotel Savoy.

Efectivamente, Mabel aguardaba en el mencionado Hotel la llegada de Tony.

Vestida ya con las albas preesas de desposada, está con su tía Rosa, quien la amonesta para que tranquilice su espíritu torturado por terrible pesadilla.

—Mabel, por Dios, que no te encuentre Lord Chevely con esa cara.

—Tú y Foting me habéis obligado a representar esta horrible comedia.

—Pero tranquilízate, querida. Con este ca-

samiento todo estará perfectamente arreglado.

—No, esto no puede tener arreglo. No puedo ir hasta el fin. No, no puedo.

—Escúchame, Mabel. En tales circunstancias, ¿qué cosa mejor podía haber sucedido?... Tony no lo sabrá nunca.

—Pero lo sé yo. Cuando dos personas se aman, es como si fuese una sola. ¿Cómo podría la una mitad ocultar algo a la otra... para siempre? Francamente, ¿es justo obrar así con él?

Lleó el señor Foting, quien interrumpió esta conversación, llamando a la tía de Mabel, a quien dijo:

—Señora, nosotros debemos ir a la iglesia. Lord Chevely está abajo y es conveniente que halle sola a su novia.

Un momento después, Tony Chevely, elegantemente vestido, penetraba en la habitación donde se hallaba su futura. Su corazón se le saltaba del pecho al verse ante la mujer anhelada, aquella mujer a quien no había olvidado ni un solo día. Ella estaba pálida, cabizbaja. Parecía la estatua del dolor.

—Mabel, estaba seguro de que me esperarías.

La joven le miró con pena.

—¿Qué?... ¿No te alegras, Mabel?

—¡¡ Tony!!

—¿Verdad que no has dejado nunca de amarme?

—Creí haberte olvidado.

—Yo te he amado a todas horas, despierto y en sueños.

—Tony, no soy digna de ti. Hubo otro...

—Ni tú ni yo podíamos evitar las tentaciones. Pero las vencerías, ¿verdad?

—Yo... no.

—¿Cómo?!

—Fué el delirio del baile... la fiebre... la locura... pequé...

—¿Su nombre?

—Nunca lo sabrás.

Tony quedó un momento como atolondrado, aterrado por lo horrible de aquella revelación. Se separó algo de ella, sumiendo su espíritu en terribles pensamientos.

Entonces Mabel sacó un tubito de su monedero e ingirió una pastilla de un veneno violentísimo. Tony volvió a su lado.

—Mabel, no importa lo que te haya pasado con otro. Olvidaremos juntos. Sólo quiero saber una cosa: ¿Me amas, Mabel?

—¡Con toda mi alma, Tony!

Dijo Mabel estas palabras, se le nublaron los ojos, palideció y se desplomó en brazos de su novio.

—¡Mabel, Mabel!—sollozaba Lord Chevely.

La hermosa joven abrió los ojos como espantada y murmuró, agarrándose a su novio:

—¡Apriétame contra ti, Tony!... ¡Más, más fuerte!... ¡No quiero morir, Tony!... ¡Vivir contigo!... ¡Perdón!... ¡perdón!

Lord Chevely la recostó sobre un sofá, se acercó a la mesa para tomar un vaso con agua y entonces vió el tubo de sublimado corrosivo con el que Mabel se había envenenado. Contemplábalo con terror, cuando Mabel cayó del sofá. Se inclinó hacia ella: ¡estaba muerta!

Lord Chevely la tomó en sus brazos y la depositó sobre la cama, arrodillándose a su lado. Pronto en el Hotel corrió la voz de tan ex-



—¿Qué?... ¿No te alegras, Mabel? (pág. 27).

traño suceso. En la iglesia, donde una multitud esperaba a los novios, empezaban a circular rumores de lo acaecido.

Evan, que esperaba en la entrada del templo, corrió al Hotel. Penetró donde se hallaba el cadáver de su amada y quedó aterrado. Bajó

la cabeza al propio tiempo que sus ojos se nublaron de lágrimas.

Al oír sollozos, Lord Chevely se puso en pie y se acercó a Evan, al que dirigió una terrible mirada. Aquel era el hombre.

—¿La amaba usted?—preguntó Lord Chevely.

—Más que nada en el mundo—contestó Evan sollozando y, arrojándose a los pies del cadáver, gimió:—¡Perdóname, Mabel!

Lord Chevely cayó también de hinojos ante el cadáver.

IX

Han transcurrido varios meses. Maxine hace furor y... dinero en el *Tony's*.

Aquella noche, después de haber bailado mejor que nunca, Maxine ha cerrado su establecimiento y después de mandar retirarse al viejo criado, se ha sentado en el escalón donde un día se sentara su amado Tony. En él pensaba: «¿Dónde estará ahora? ¿Será feliz?», se decía. Y con su mano maldaba besos a la luna, quedando después acodada en sus rodillas con el pensamiento fijo en el amor de sus amores.

En la galería de una casa próxima unos chimbo tocaban un melancólico tango. El mismo que ella había bailado muchas veces con Tony. **Mecida por aquella melodía voluptuosa, cerró**

los ojos, transportándose a los tiempos en que, apretada al pecho de su amado, sentía los latidos de su corazón.

Apoyado en la esquina de enfrente un hombre la contemplaba. Poco a poco fué hacia ella, subió la escalinta y al verla como dormida en dulce sopor, la hizo volver en sí con voz amorosa:

—j Maxine!

— Oh!... ¿Tú?... ¡ Tony!!

Se levantó y cayó en brazos del amado. Entraron en el cuarto.

—¡Tony, te aguardaba!

—Ya he venido, Maxine.

— ¡Te amo como nunca, Tony!

—¡Maxine, he venido a traerte mi corazón puro, para casarme contigo.

Se abrazaron y sellaron sus promesas con un beso.

—¿Oyes, Maxine, este tango?... Es el nuestro... ¡Qué dulce!

—¿Bailemos?

—Sí, amor mío, ¡que siga la danza!

FIN

Núm. 93 - BIBLIOTECA FILMS - 1.º de Diciembre

BARRERA INFRANQUEABLE

Aventura pasional. Por los eminentes artistas

Alice Joyce, Marjorie Daw y Claire Brook

Postal: *Signoret.*

25 céntimos.

!! EXITO ASOMBROSO !!

de la original publicación

Celebridades de Varietés

- Núm. 1. **Ramper.** (2.^a edición)
» 2. **Mercedes Serós.**
» 3. **Elvira de Amaya.**
» 4. **Lepe.**
» 5. **Argentinita.**
» 6. **Chelito.**
» 7. **Luis Esteso.**
» 8. **Pilar Alonso.**
» 9. **La Goya.**
» 10. **Casimiro Ortas.**
» 11. **Spaventa.**
» 12. **Pastora Imperio.**
» 13. **Amalia de Isaura.**
» 14. **Lolita Méndez.**

Única publicación en su género, que pone en contacto el alma del artista con la de sus admiradores, por medio de entrevistas verdad, la cual constituirá en breve una verdadera

BIBLIOTECA DE ORO

por ser el archivo obligado de todos los artistas de fama del arte frívolo.

Cubiertas a varias tintas. Literatura selecta. Reproducción de fotografías particulares e inéditas. En cada librito se obsequia a los lectores con una elegante tarjeta postal firmada y dedicada por el artista.

Sólo cuesta **30** céntimos cada ejemplar

Pedidos a **BIBLIOTECA FILMS** -- Calabria, 96 -- Barcelona

Films de Amor

Núm 7 - 18 de Noviembre

Señorita, joven.....

No deje usted de leer el séptimo libro de

FILMS DE AMOR El ideal de los
aficionados

En el que aparece la deliciosa novela titulada:

LA ESPOSA COMPRADA

demostrando como en un momento de terror,
nace la chispa del sublime amor, cuyos
protagonistas son sus artistas predilectos:

ALICE TERRY y CONWAY TEARLE

Zasu Pitts :: Wallace Beery

Huntly Gordon

Cubierta a varias tintas :: Literatura selecta
64 páginas de texto profusamente ilustrado

Postal: ALICE TERRY

50

cts.